

COMO MADURAR SIN ENVEJECER

Adolescencia y Fe cristiana

ALFONSO VERGARA T., S. J.
Asesor Nacional del MFC

COMO MADURAR SIN ENVEJECER

Adolescencia y Fe cristiana

ALFONSO VERGARA T., S. J.

Asesor Nacional del MFC

Con las debidas licencias

Editor: MFC

PRESENTACION

El Movimiento Familiar Cristiano (MFC) ofrece con mucho agrado este cuaderno. Va especialmente dedicado a los jóvenes. Son ellos los que viven la bella etapa de la adolescencia, y por tanto, pueden descubrir mejor los desafíos y el sentido que surge de su propia transformación humana.

Esperamos que sea también de utilidad para los padres. Son ellos, junto a sus hijos, los que deben enfrentar y compartir esta etapa de cambios de una forma abierta y enriquecedora.

Nuestra intención es que también cumpla un servicio a la Iglesia en su trabajo con la juventud y principalmente en la preparación a la Confirmación. Penetrando y descubriendo la significación de los años juveniles estaremos en condiciones de acompañar al joven en su experiencia de fe, que lo llevará a comprometerse con sinceridad y madurez a Cristo.

Sin embargo, la adolescencia es más que cierto número de años; es una etapa en la vida. En ese sentido, no es sólo un quehacer de los jóvenes, sino que nos obliga a cada uno a descubrir hasta qué punto nosotros mismos hemos logrado una madurez con todas sus implicancias. De una afectividad infantil y egoísta a una afectividad madura y abierta. De una vida de seguridad personal a una responsabilidad social en el destino de nuestros hermanos. De una fe infantil a una fe adulta y responsable. Ya que solo reconquistando nuestros infantilismos y mezquindades iremos reconquistando nuestra propia vida y el Amor que nos ha sido dado.

Equipo Central Nacional del M. F. C.

Santiago, 15 de Agosto de 1975. Día de la Asunción de María.

I N D I C E

EL ADOLESCENTE UN DESCONOCIDO	5
1. Un período de transición	5
2. Descubrimiento del yo	7
3. Búsqueda de la libertad	8
4. Descubrimiento del otro en la sexualidad y el amor	11
LA MADURACION EN LA FE	15
1. El paso de una fe recibida a una fe asumida por libre decisión	16
2. En busca de una nueva imagen de Dios	17
3. Descubrimiento de la persona de Cristo	19
4. Descubrimiento de la Comunidad	20
5. El compromiso con el hombre	22

El adolescente un desconocido

La Adolescencia

Es un período crucial de la existencia humana que todos deben conocer: los adultos, para detectar si la han vivido plenamente y la han superado como etapa transitoria, y también como padres y educadores para ayudar a los jóvenes a orientarse en ella; los jóvenes, que la están viviendo para que la asuman con serenidad como un período normal del que dependerá su madurez y su felicidad ulterior.

1. ES UN PERIODO DE TRANSICION

Transición entre la infancia y la edad adulta, Aunque toda la vida humana es, desde que se nace, un continuo cambio, desde la pubertad se opera una especie de nacimiento de la personalidad.

El adolescente experimenta la tragedia de las **contradicciones** que tironean su ser y lo hacen crecer un poco a la fuerza

(el verbo latino “adolescere” significa crecer). Es la edad del “pavo”, período ingrato, indefinido en el que al joven no se le ve ni como niño, ni como adulto. Su porte exterior es poco agraciado; se ha puesto desgarbado con sus extremidades desmesuradamente alargadas, su voz se desafina y cornetea “gallos”, su cutis erupciona en granos y se cubre de una vellocidad ensombrecedora.

La adolescencia comienza con la pubertad (12 años en las niñas; 14 en los varones) que se caracteriza por la primera menstruación en la mujer y las primeras eyaculaciones de espermatozoides en el varón. La pubertad se extiende, más o menos, por un período de cuatro años en el que se configura el adulto que va a surgir.

Pero el factor sexual no es el único ni el determinante, ni la razón de ser explicativa y original de todo el proceso de la adolescencia, que es algo más complejo que el simple acceso a la pubertad.

Constituye una etapa específicamente humana. El animal se hace adulto por el sólo poder de procrear; pasa de niño a adulto en un instante. En el hombre, en cambio, se ha de realizar todo un condicionamiento integral para llegar a la madurez. Por eso la adolescencia abarca varios años en los que se opera una transformación profunda no sólo en el plano anatómico y fisiológico, sino también en los otros planos que configuran al hombre: el afectivo, el intelectual, el moral y el plano social. El término de la adolescencia fisiológica no garantiza por sí sola, la llegada a la madurez. Existen hombres adultos y aún viejos en edad que no han traspuesto el umbral de la adolescencia, porque nunca llegaron a madurar.

Habría que agregar que es una etapa bastante decisiva en la vida de un hombre, ya que ahí se decide, en cierta manera, hacia qué tipo de hombre quedará orientada la vida de un individuo. Afloran las verdaderas características —cualidades y defectos—, se fijan las grandes metas e ideales, los valores y creencias que darán sentido a la existencia, y muchas veces, es el tiempo en que nacen las verdaderas amistades.

2. ES EL PERIODO DEL DESCUBRIMIENTO DEL YO

Hasta un tiempo antes de la pubertad, el niño ha vivido más bien volcado hacia afuera, en la ingenua seguridad de sentirse identificado con un universo del cual él es como el centro. Pero entonces se opera en el adolescente una vuelta hacia sí mismo. Ha surgido en él un mundo de sensaciones y de sentimientos hasta entonces desconocidos que lo hacen extraño a sí mismo. Estados de melancolía sin causa a los que suceden otros de súbita exaltación, que desconciertan a los adultos.

Todo sentimiento tiene la característica de ser lo más personal e intransferible que se tiene, lo más mío": "mi tristeza, mi admiración o simpatía por alguien, mi alegría es algo que me hace sentirme yo mismo viviendo y siendo en un mundo que es tan propio que se hace imposible comunicar a otros. Los adultos, que olvidaron su tiempo de adolescencia, quedan sin saber qué hacer ni qué pensar de ese muchacho que pasa horas tendido despaturradamente en un sofá vagabundeando por los caminos que le va abriendo la ensoñación, y por los que corre como héroe o como bandido, persiguiendo la gloria o perseguido por la infamia y la abyección. Pero a través de todos esos tanteos, en el fondo, el adolescente está sumido en la seria tarea de descubrir quién es él. Va en busca de su propia identidad por un mundo nuevo y desconocido.

Al adentrarse por ese mundo interior totalmente desconocido y sintiendo que nadie lo puede ayudar a ubicarse en esa oscuridad y maraña, lo envuelve una angustiada sensación de **inseguridad** y de **soledad**. Piensa que nadie lo puede ayudar, que está solo ante lo desconocido y no le queda más remedio que cerrarse en sí mismo. Pero esos sentimientos son correlativos con un gran anhelo de compañía, de ser comprendido y de unas ansias irreprímibles de seguridad que lo llevan a adoptar posturas externas de autosuficiencia que se manifiestan en apuestas absurdas, desafíos peligrosos, ademanes decididos, etc.

3. ES EL PERIODO DE BUSQUEDA DE LA LIBERTAD

El descubrimiento de sí mismo como persona única e irrepetible orienta al adolescente hacia la búsqueda de una vocación, de una meta en un futuro, que él siente que ha de emprender para forjar su propio destino por el juego de su libertad. Hasta ese momento se sentía cómodo y seguro viviendo de las normas y costumbres que le imponía el medio y recibía pasivamente de sus mayores. Pero en adelante siente que para llegar a ser él mismo ha de tomar en sus propias manos el proyecto de su vida.

Libertad de . . .

La libertad la experimenta en un primer momento como una liberación, o **libertad de . . .** todo lo que se le imponía desde fuera: normas, costumbres y mandatos. Nace la rebeldía a todos los que representan alguna autoridad: padres, profesores, jerarquía civil o religiosa. Surge el rechazo irreprimitible a todo lo que le parece imposición; aun al consejo dado con cariño. Es la época de los caprichos; basta que le digan o le indiquen algo para que él elija lo contrario. Es una forma de afirmarse y de probarse así mismo en el enfrentamiento puro a los otros. Se vuelve "contreras" a todo y a todos.

En el fondo se dice a sí mismo: "Yo quiero ser yo . . . por mí mismo . . . no quiero deberle nada a nadie . . . no quiero que me uniformen porque soy distinto . . . no quiero que me dirijan porque yo tengo que encontrar mi propio camino . . . no quiero que me impongan un estilo de vida porque yo quiero descubrir mi vida . . . quiero vivir y no que me vivan".

Quiere tomar las riendas de su destino, pero no tiene nada claro hacia donde dirigir sus pasos. Epoca de rebeldía, de desorientación que oculta el anhelo secreto de ver claro, de ubicarse, de que alguien le tienda discretamente la mano y al mismo tiempo le deja la sensación de que él mismo ha decidido.

Tarea del educador

La tarea del adulto, del padre o educador, es en este punto muy delicada, requiere de su parte una gran dosis de serenidad, de madurez y de cariñosa paciencia. No puede seguir imponiéndose como antes por su sola presencia ni menos con golpes teatrales de autoridad, pero tampoco puede marcharse resentido y con el orgullo herido, dejando que el joven haga solo su camino porque ya no se le somete. El niño jamás crece ni en la sobreprotección que le ahorra en todo momento el riesgo de decidir por sí mismo, ni en el abandono de la soledad que lo entrega a otras influencias quizás más perniciosas para que el hijo decida.

Educación para la libertad

La gran misión de los padres y de todo educador es precisamente educar para la libertad. La autoridad es subsidiaria, ha de estar dispuesta a disminuir para que él crezca, ha de llegar a desaparecer en la medida en que el hijo vaya tomando la responsabilidad de su propia vida. Ser padre es la capacidad de seguir engendrando al hijo hasta que él sea él mismo en pleno uso de su propia libertad. La disciplina nunca puede ser un fin que mantiene al educando en un estado infantil de perpetua dependencia, es un medio que engendra hábitos de autocontrol, de condicionamientos que le colocan en relación con los otros seres y que le facilitarán el ejercicio de una libertad que sabrá respetar los derechos y la dignidad de las otras personas. De este modo el padre y el educador se transforman en el mejor amigo.

Por este medio se logra hacer surgir en el educando el sentido de la **responsabilidad**, que es la capacidad de responder por sí mismo al propio proyecto vital, al ideal que lo llama desde adentro a entregarse a sí mismo a una gran causa. Así percibe su vida como una tarea que ha de realizar a través de toda su existencia.

Libertad para

Y así pasa a un segundo momento de la libertad: **la libertad para** . . . realizar una misión que se descubre como “mi misión en la vida”. Mi libertad tiene un sentido, apunta hacia algo que me trasciende porque está más allá que yo mismo. No es sólo libertad de trabas y de normas que me impiden caminar y me mantienen confinado en una prisión, es además y sobre todo, libertad **hacia** algo que tengo que realizar, hacia una misión que tengo que cumplir, hacia una meta que tengo que alcanzar, hacia un servicio que tengo que prestar con todo mi ser, a través de toda mi vida y que me vincula con los otros hombres, con la sociedad y con Dios.

Sentido social de la libertad

Mi libertad no sólo tiene un sentido individual: “hacer lo que se me da la gana y vivir mi propia vida” tal vez a costa de muchos otros que van quedando en el camino. Mi libertad tiene un sentido eminentemente social y comunitario: es capacidad de comprometerme con los demás, sentirme solidario y responsable de los otros para colaborar con ellos a fundar un mundo y una sociedad en la que todos puedan llegar a ser plenamente hombres, plenamente libres, compartiendo fraternalmente los mismos derechos, las mismas alegrías que nos ofrece el mundo y un mismo destino.

El desarrollo pleno de mi propia personalidad e identidad no la consigo así a costa de los otros, sino **con los otros y para los otros**. Ya que no puedo llegar a ser plenamente yo mismo, si los otros no llegan también a ser plenamente ellos mismos.

De este modo el joven alcanza la madurez del hombre, cuando se hace no sólo fisiológicamente fecundo, sino cuando ha llegado a crecer síquicamente y moralmente hasta captar que su vocación personal está vinculada esencialmente a la vocación de la humanidad entera. Se une así por el amor y el trabajo a la naturaleza, a los otros y a Dios, en la construcción de un mundo de hermanos en el que toda la energía del mundo

se convierte en un gran hogar y la vida aparece así con un sentido en sí que vale la pena vivirla.

4. EL DESCUBRIMIENTO DEL OTRO EN LA SEXUALIDAD Y EN EL AMOR

Sentido humano de la sexualidad

La sexualidad irrumpe en la pubertad con una fuerza compulsiva y avasalladora. Se desarrollan los órganos genitales y la vida del adolescente queda en muchos casos como centralizada, de un modo casi obsesivo, en torno a lo sexual. Sin embargo el despertar de la sexualidad en el muchacho no se reduce a la genitalidad instintiva, y a una capacidad reproductiva. Tiene un carácter profundamente humano y es una manifestación más del despertar de toda la personalidad.

Afirmación de la propia identidad

En el crecimiento del cuerpo y el desarrollo de los órganos genitales, el muchacho y la niña descubren, con cierto orgullo temeroso, algo muy importante para su propia identidad, que es su ser masculino y femenino. El sentirse “bien hombre” y “bien mujer” es determinante para sentirse definido y estructurado como persona.

Dinamismo trascendente del placer

El placer, que el adolescente experimenta en la esfera de lo sexual de su cuerpo y de su síquis, está vinculado al sentimiento, profundamente humano, de sentirse viviendo y siendo alguien. La excitación del orgasmo provocado en la masturbación le hacen olvidar momentáneamente todo sentimiento de angustia y de soledad. Pero la sensación siguiente de vacío y laxitud aburrida le hacen presentir, de un modo vago, que lo que buscaba no era sólo un placer físico y una exaltación estática, sino lo que ese placer lleva germinalmente en su dinamismo, que es el encuentro personalizante con alguien.

Desconexión con lo afectivo

En este período la sexualidad se manifiesta desconectada de lo afectivo. Un muchacho se puede sentir tremendamente atraído y excitado por una mujer, pero tiene la conciencia bastante clara de que el deseo que lo impulsa a ella es ciego y sin nombre ya que no lo vincula a la persona misma de la mujer. Esa mujer es sólo un signo de la mujer genérica, no tiene aún un nombre propio.

Despertar sentimental

Paralelamente a la atracción física surge en el adolescente el sentimiento y la búsqueda romántica y sentimental por la mujer o el hombre ideal. En su vagabundeo ensoñador la niña va en busca de su "príncipe azul", que la saque de su soledad, de su aburrimiento, y le quite del alma esa bella y dolorosa ansiedad de querer, que parece hacerle estallar el corazón.

Enamoramiento

Hasta que un buen día se opera el milagro. Aparece en los ojos admirados de otro ser que lo mira extasiado ante el descubrimiento del secreto misterio de su intimidad, y que quieren estallar de gozo. Se ha hecho la luz en la oscuridad del alma, como en el primer día de la creación. Hay alguien, otra persona que ha quedado deslumbrado con su propia intimidad, con aquello tan propio que hasta ese momento parecía tan inútil, tan sin interés para nadie. Toma conciencia del valor de sí misma al verse reflejado en el resplandor alegre de los ojos de otro para quien lo es todo.

El enamoramiento asoma así en el alma como una mañana cargada de promesas. Se presiente que despunta radiante ese ideal o arquetipo del sexo opuesto que todo ser lleva escondido sin saberlo, en lo íntimo de su ser. La creación entera canta y aún las cosas más triviales de la vida quedan bañadas por una nueva luz.

Diferencia entre enamoramiento y Amor

Pero esto no es todavía el amor en sentido pleno. Es el enamoramiento, especie de encantamiento sentimental, que con mucha frecuencia deslumbra la mirada del corazón e impide ver la realidad personal del otro, a quien se le reviste con el ropaje de ese ideal que uno se ha creado y anda buscándolo. No se ama tanto a la persona sino más bien al ideal que esa persona encarna. Pero es un comienzo, una llamada que hay que oír y examinar desde donde viene, para darle una respuesta.

Los eternos adolescentes

Muchas personas, no tan jóvenes, adultos en edad, se quedan en la etapa de la atracción, física o sentimental, que nunca llega a madurar en amor. Son los eternos adolescentes, que en su vanidad de sentirse permanentemente atractivos o en su fascinación por las emociones del sexo, nunca termina por comprometerse con nadie, ni querer verdaderamente a nadie.

¡Qué es amor!

Amar verdaderamente es llegar a comprometerse, por libre elección, con un ser de carne y hueso, con cualidades y limitaciones, con quien de alguna manera se ha sentido o intuido que se puede emprender juntos el viaje de la existencia y la construcción de un "nosotros" a través de un continuo diálogo por el que se ayuda a descubrir al otro y a sí mismo en el otro. El amor así entendido es una tarea que siempre hay que ir haciendo y rehaciendo a través de las luces y sombras que jalonan la ruta. Es no dejarse vencer ni por la rutina, ni por la desilusión, sino esperar del otro para siempre. A fuerza de cuidado, de responsabilidad y de ternura, presentarle siempre al otro un rostro en el que se sienta reflejado y estimulado a realizar su proyecto vital.

Integración del sexo a la unidad personal

Así se logra, por el amor maduro integrar al nivel personal en una unidad integradora el plano físico y el sentimental a través de los que se manifiesta la capacidad de querer del ser humano.

La castidad no es una actitud de represión, consiste en colocar plenamente lo instintivo del sexo al servicio del amor, asumiendo lo corporal al nivel hondo de la personalidad, para irlo haciendo progresivamente más expresivo y comunicativo de la persona misma que es espíritu encarnado, que se manifiesta y se entrega a través de los gestos del cuerpo. La sexualidad se descubre así como uno de los caminos más vitales de la comunicación humana. Los mismos órganos sexuales se transforman en órganos de expresión con los que puede el hombre decir la verdad de su amor, pero también mentir.

Conclusión

Todos de alguna manera aun cuando hayamos llegado a la edad adulta quedamos de alguna manera o en algún rincón de nosotros como niños o adolescentes. Si somos sinceros y lo reconocemos a través de estas indicaciones podremos estimularnos a crecer o ayudar a que otros crezcan.

La maduración en la fe

LA FE DE LA ADOLESCENCIA

Pedagogía de la Fe

Más de alguna vez nos acomete, a los adultos, la nostalgia de esa fe sencilla y segura que iluminaba los años de nuestra infancia y nos hacía sentirnos seguros y tranquilos en un mundo que se nos mostraba claro, ordenado y cálido; al abrigo de un mundo frío y del riesgo de la incertidumbre y de la duda ante lo desconocido.

El tiempo de la niñez es, sin duda, un tiempo privilegiado de la vida y en especial de la fe religiosa. Quizás nunca ya volvamos a tener la lucidez de intuición para descubrir y gustar mejor lo esencial de la vida que cuando teníamos siete u ocho años.

Sin embargo todo crecimiento supone superar etapas; dejar morir algo de nosotros, como una semilla que se pudre en el surco, para que crezca el hombre en el que se ha de manifestar “la plenitud de Cristo”. Hemos de renunciar a los “infantilismos” de a fe, pero sin matar al niño que hay que conservar siempre dentro de nosotros, como condición para entrar al Reino de Dios.

Este proceso supone toda una pedagogía que ayude a todos los que son aún niños o adolescentes en su fe, para que sepan ir dejando todos esos elementos transitorios que correspondían a una etapa inicial, y los acompañe a adquirir los que corresponden a una fe adulta.

Quisiéramos señalar brevemente cuáles parecen ser algunos de los pasos principales que habría que dar en ese proceso de maduración, que tiene en cuenta la crisis de toda adolescencia.

1. EL PASO DE UNA FE RECIBIDA A UNA FE ASUMIDA POR LIBRE DECISION

Necesidad de revisión

En el adolescente se opera una crisis total por la que se revisan todos los valores, ideas y creencias recibidas pasivamente de los padres hasta llegar a asumir finalmente una actitud personal por la opción de su propia libertad.

“La fe en el sentido pleno de la palabra, brota sólo de la decisión. La religiosidad de un joven no es siempre fe, sino que puede ser el producto de una acomodación, el resultado pasivo de una educación”¹. En muchos, esa religiosidad permanece en la categoría de una hermosa tradición del recuerdo, como un legado de familia que no tiene la fuerza de iluminar toda la vida real e impulsar al compromiso con ella en las duras exigencias que plantea el evangelio.

Se hace tremendamente angustioso y dramático tener que abandonar actitudes infantiles que forman parte de un mundo sentimental al que uno se siente vivencialmente atado. Como decía un joven de 19 años: “Es tan hermosamente cómodo abandonarse a un ser superior, que nos dirige, que piensa por nosotros, que lo hace todo para nuestro máximo bien y que nunca se quivoca”.

De la religiosidad a la fe

Si no se supera la etapa de la religiosidad emocional fácilmente se llega a una separación perniciososa entre fe y vida. La fe queda en el recinto de lo emotivo y sale a relucir en los momentos de profunda conmoción sentimental, como en el matrimonio, un nacimiento, una muerte; o en los sitios o momentos “sagrados” de una ceremonia religiosa en una capillita de-

¹ Otto y Felicitas Betz, “Etapas de la Fe”, Razón y Fe, Madrid, pág. 99.

vota. Paralelamente la vida real de todos los días se rige por leyes económicas, sociales y científicas que configuran el campo de lo “profano” como algo autónomo, y sin ninguna vinculación con la fe. Así se vive en dos mundos que no se tocan y aplicando criterios distintos en la vida personal y en la social, dentro de la Iglesia y en el mundo de los negocios.

Integrar la vida a la fe

Para crecer en la fe hay que tomar opciones integradoras de todos los planos de la vida. Y es preferible, por lealtad consigo mismo, correr el riesgo de una “pérdida de fe”, en una búsqueda valiente y sincera de la verdad abierta a todos los planos, que seguir aceptando por inercia y comodidad “la fe del carbonero” que no se compromete con la vida, ni con los otros. Una fe adulta ha de saber “dar razón de su esperanza”, al mismo tiempo que reconoce con humildad los “razonables límites y oscuridades” de la inteligencia humana ante lo misterioso que es el don que hace de sí una persona por el amor y que sólo lo percibe el corazón.

2. EN BUSCA DE UNA NUEVA IMAGEN DE DIOS

El Dios del niño

La crisis de rebeldía que experimenta el adolescente y que hace tambalear todos los pedestales en los que había colocado como ídolos, a sus padres y otras personas admiradas en su niñez, también hace estremecer la imagen de Dios.

El choque con la realidad del mundo externo se le hace, a veces, dramática. Descubre que hay injusticias, mentiras, traiciones, de las que sus mismos padres no están libres. Se siente decepcionado y desconcertado en un mundo indiferente que lo experimenta regido por la casualidad, y las frías leyes físicas donde ya no le es posible descubrir ninguna mirada bondadosa y personal a quien dirigir sus ojos. Se le hace muy difícil encontrar en medio de tanto mal, indiferencia e injusticia la mirada de Dios que adoró cuando niño como garante de un

mundo coherente, lleno de sentido y gobernador bondadoso del mundo. En ese sentido experimenta la muerte de Dios.

El Dios que llama desde el silencio

Es el momento de aprender a descubrir a Dios de otra manera. “No sólo existe un Dios que habla, sino también un Dios silencioso; Dios no es sólo cercano y familiar, sino también el “Otro”, el extraño, oscuro e incomprensible. “Si el Dios vigilante ha muerto, es el momento para llegar a conocer al Dios viviente”.

La incredulidad del creyente

Es conveniente aprender a no asustarse por las dudas y las dificultades que normalmente asaltan a todo creyente. Así como en todo incrédulo hay en el fondo un creyente, también en todo creyente hay un incrédulo, y un pagano que no está del todo evangelizado. Vivimos aún en fe, no en visión. Y los caminos del amor llevan al hombre más lejos que los de la inteligencia fría.

El Dios que llama desde la intimidad

El descubrimiento que realiza el adolescente de su propia persona, como alguien único e irreplicable que le lleva preguntarse: “¿quién soy yo?” y le hace sentir su vida como un proyecto intransferible, como vocación a un llamado, lo sensibiliza para descubrir a Dios como el que lo llama desde siempre. Percibe que su vida no es producto de la casualidad o de fuerzas ciegas sino de un plan y de un llamado de Alguien que pensó en él desde la eternidad. Su vida tiene sentido y se desarrolla en la medida que vaya siendo mejor él mismo, que vaya respondiendo como **yo** a ese **Tú** que los invita a compartir de su propia vida. Así puede sentir a Dios como una autoridad que no lo anula ni lo traba; sino, por el contrario, como el verdadero Autor que lo sostiene y lo ayuda a desplegar en plena libertad el único proyecto inscrito en la intimidad del

ser del joven. Comprende, así, que el hombre no puede llegar a ser él mismo prescindiendo de Aquel que lo llama a ser él mismo desde su intimidad.

3. DESCUBRIMIENTO DE LA PERSONA DE CRISTO

El Dios inaccesible se le muestra particularmente cercano y amigo en la persona de Cristo. El adolescente es particularmente sensible a la amistad; se descubre a sí mismo en el rostro y en la compañía de verdaderos amigos.

Cristo el amigo que exige

A Cristo lo va a descubrir no en una cristología complicada de las disputas cristológicas sino en la simplicidad del evangelio donde encontrará al maestro que sabe mirar con cariño el corazón del joven (Mc. 10, 21) y lo impulsa a superarse cada día (“una cosa te falta”) en una entrega que lo libera de la esclavitud del dinero (“vende lo que tienes, dalo a los pobres”) y le hace descubrir la riqueza de la comunicación humana en la amistad con El y todos los desposeídos (“tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme”).

Las exigencias de Cristo no son para el joven un desprecio del mundo, de la alegría de vivir, de la belleza de la naturaleza y del amor humano, a lo que él es tan sensible; al contrario, descubre en ellas las codiciones de una verdadera liberación de todas las realidades terrestres. Dios envió su propio Hijo al mundo no para condenarlo sino para salvarlo de la vanidad a que el mismo hombre lo somete cuando lo convierte en ídolo y se hace esclavo de esos mismos bienes que el creador puso en él para la construcción de una morada fraternal que cobijara a todos los seres humanos y fuera el anticipo de la morada definitiva.

Cristo primogénito de la nueva creación

El Verbo de Dios se hizo carne, para que a través de la carne, de lo terrestre, descubriéramos el reverbero de la divini-

dad. Y eso es el Cristo resucitado, al primero que se levanta como el Sol naciente de la nueva Creación que El inaugura arrasando a todo el universo hacia la transformación total. A los angustiados y vacilantes con un decálogo de prohibiciones, o asustados con el receso de Dios ante los avances de la ciencia, Teilhard de Chardin los increpa: “¿Por qué, hombres de poca fe, temer o recelar de los progresos del mundo?, ¿por qué multiplicar las predicciones nefastas y las prohibiciones: no vayáis . . . no lo intentéis . . . todo es conocido. La tierra está vacía y vieja. ¡No queda nada por descubrir! ¡Intentarlo todo por Cristo! ¡Esperarlo todo para Cristo.”¹.

4. DESCUBRIMIENTO DE LA COMUNIDAD

Comunidad personalizante

El adolescente pasa bruscamente del ensimismamiento solitario que lo repliega en sí mismo, a una extroversión total por el que se zambulle y se pierde en la masa, en la patota, y el grupo.

Es importante en ese período que el joven logre descubrir un grupo humano que, por un lado, lo saque de su ensimismamiento narcisista y, por otro, no lo despersonalice en el anonimato de la patota bullanguera que le impone conductas y rumbos que él no asume responsablemente.

La solución la trae la compañía de verdaderos amigos. En el plano religioso de la maduración en la fe eso lo logra la comunidad. Allí Cristo se le presenta no ya únicamente en su relación íntima con él, sino que aprende a descubrirlo en amigos que pasan a ser verdaderos hermanos en la fe.

Comunidad de amistad

Ha de ser una comunidad de amistad que lo ayuden a emerger como persona y como cristiano en la relación franca y reconfortante con los otros que le dan la seguridad de sentirse estimado, y lo estimulen a corregir sus defectos y a desplegar

¹ Teilhard de Chardin, *Le milieu divin*, Paris 1957, 201.

sus cualidades. Para más de algún joven una noche de reflexión y de revisión de vida en una jornada comunitaria que se prolongó hasta el amanecer, marcó el verdadero amanecer de su personalidad y de su vida en la fe.

Comunidad de oración y colaboración

Donde se expresa la fe y se diga el amor que se siente por Cristo, por los hombres y por las cosas bellas que Dios ha puesto en el mundo. Comunidad que haga sentir la Iglesia universal a un nivel de juventud, en la alegría de la fiesta que ha de ser una celebración litúrgica o para-litúrgica con elementos y formas creativas que al joven le digan algo a su propia vida y experiencia. No, caras largas y aburridas, sopor-tando como “mudos espectadores”, una ceremonia que nada entienden, sino como “**cristianos en fiesta**”¹ que es bella porque existe el amor.

Comunidad Apostólica

Una comunidad hace crecer en la fe cuando no queda en la calidad de un grupo de amigos encerrados en la intimidad de un cenáculo, sino que se compromete en un trabajo apostólico concreto, por el que sale a los caminos del mundo a anunciar la buena nueva de salvación y liberación de todo hombre y se empeña, por el testimonio de vida y la acción transformadora, a realizar en el mundo lo que anuncia.

El contenido esencial de la buena noticia que ha de comunicar la comunidad a los hombres, es que Dios los ama a pesar del pecado y lo llama a participar en su Hijo de su propia vida. Que en la muerte y resurrección de Jesús, el hombre ha sido ya en principio reconciliado, y ha quedado vencido el mal, la injusticia y la muerte. La certeza del triunfo de Cristo lo abre a la Esperanza de que todo trabajo por liberar al hombre de las injusticias, las enfermedades y la misma muerte no es una ilusión sin destino sino una meta real.

¹ Título del libro de Juan Mateos sobre la celebración cristiana, Ed. Cristiana, Madrid.

5. EL COMPROMISO CON EL HOMBRE

Hechos, no palabras

La fe llega a su plena madurez cuando se compromete con la realidad de la vida, en una acción concreta y eficaz. No bastan los nobles sentimientos, las buenas intenciones, los diagnósticos certeros, es necesario pasar al trabajo y manifestar que la fe tiene la eficacia del amor con hechos concretos. "No basta, por cierto reflexionar, lograr mayor clarividencia y hablar; es menester obrar. No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia la hora de la acción"¹.

El niño en su ingenuidad cree que el mundo es bueno y se prepara para disfrutarlo; el anciano decepcionado ha experimentado el mal del mundo y pensando que nada puede hacer por cambiarlo se acomoda para pasar lo menos mal posible. Las dos actitudes conducen a la pasividad de la desesperanza. El adolescente aunque cae con frecuencia en esos dos extremos, cree que él puede mejorar el mundo. Está más abierto a la Esperanza. Pero es necesario ayudarlo a que descubra la fuerza de Dios que sigue operando en la historia a pesar del sesgo caótico y dramático que presenta.

Lucha por la Justicia

La fe adulta lo llevará a luchar con amor por la justicia que la misma fe implica. Lo llevará "al desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres"... "que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas"¹: "el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la adquisición de la cultura... el aumento en la consideración de la dignidad de los demás... la voluntad de la paz... el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el

¹ II Confr. Gral del Epic. Lat. Americano. Vol. II, pág. 41.

fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres . . .”¹.

Paulo VI coloca la fe, don de Dios como la cumbre y coronación del desarrollo humano. Ser cristiano, por lo tanto, es llegar a ser plenamente humano y comprometerse por la misma fe en el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres en la lucha por la justicia que los libera de “las carencias materiales de los que están privados del mínimun vital y de las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo . . .” de “las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones”².

El que llega a una fe adulta y madura comprende que ser cristiano jamás puede llevar a una actitud sectaria de querer imponer la fe por coacción o atacar a los que no la aceptan. El cristiano no lucha por su religión sino por el hombre a secas, cualquiera que sean sus creencias, su color, su raza, su condición social, consciente que en el compromiso con el hombre ejerce “la religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre (Sant. 1, 27). Es lo que señalaba el mismo Papa Paulo VI al término del concilio, “La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola humana realidad: la religión católica es **para** la humanidad . . . para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios . . . para conocer a Dios es necesario al hombre”³.

Conclusión

Llegar a la madurez en la fe supone, pues saber morir a los “infantilismos” ingenuos que mantienen al ser humano en un “mundo de fantasía”, y aceptar como Abraham partir por libre decisión de la tierra, y de la casa de nuestros padres a una tierra desconocida donde Dios nos espera en la manifestación desconcertante de su amor. Esa manifestación de lo que es Dios se nos da en Jesucristo. Creer en El es aceptar su per-

¹ Paulo VI, *Ibid.*

² Paulo VI. Alocución del 7 de XII, 1965, en la clausura del Concilio.

³ Paulo VI. “Populorum Progressio”, Nº 20 y 21.

sona, su palabra y seguirlo como amigo, dejando todos nuestros egoísmos, y todo lo que nos ata. Es descubrirlo en medio de los hombres, los hombres concretos y reales que nos salen al camino, para constituir con ellos una comunidad de hermanos, la Iglesia, signo de la unión de todos los hombres entre sí y de los hombres con Dios. Nuestra Fe nos impulsa al compromiso por el hombre y por las condiciones de su vida para que sean más humanas y más justas, “nuestra meta es que todos juntos nos encontremos unidos en la misma fe y en el mismo conocimiento del Hijo de Dios, y con eso se logrará el Hombre Perfecto, que, en la madurez de su desarrollo, es la plenitud de Cristo”¹.

¹ Efesios 4, 13.